

Estela

Yo vendo a mis hijas no porque quiera, sino porque lo necesito. Con lo que me dan puedo pagar un cuarto de hotel y evitar que me encuentren. Ellos, siempre son ellos los que me siguen. Los mismos, con sacos de pana y sus corbatas cortas, negras y cortas. No sé qué es lo que quieren, nunca lo he sabido. Me dí cuenta de que me seguían hace unos años. Me llamó la atención el saco tan pesado, tan negro. Era semana santa. Luego los volví a ver. Aquí y allá, y ahí comenzó todo. Nos hemos mudado más de cincuenta veces desde ese momento. Por eso las vendo cuando tienen unos días de nacidas. Así valen más, cuando están nuevas. Siempre son rubias como mi marido. A ellas las vendo cuanto antes. A Estela nunca la he vendido, no me la pida. Ella tiene el pelo negro como yo. No es como mi marido, no es como las otras. Yo las hago, pelo rubio como él, como mi marido y la piel blanca, casi transparente. Me encierro por unos días y ahí está, una más para vender. Al principio son pelonas con su cuerpo blanco, completamente blanco. Sin ojos, sin párpados. Llenas de puntadas. Desnudas. Entonces cierro los párpados, los cierro fuerte y tomo un marcador y siempre es el verde o es el azul, como los ojos de él. Pero es el destino de las niñas tenerlos de ese color. Además las rubias se venden bien. A todos les gustan las rubias. A él le gustaban. También hacerles la ropa me lleva al menos un día. Son vestidos sencillos. Las visto antes de ponerles el pelo. Aunque ahora dibujo las pestañas y las cejas, antes las cosía, pero un día necesitaba vender a la nueva para pagar un poco más de tiempo en el hotel, me había enfermado y eso lo trastoca todo. Me dan migrañas y eso así no puedo trabajar. El sonido de la aguja pasando la tela me vuelve loca, también el paso de la lana por el agujero. No puedo. Así que ese día le pinté las pestañas y las cejas y lo seguí haciendo. Con Estela es otra cosa.

A ella la tengo desde antes, desde antes que ellos comenzaran a seguirme. También la hice. Mi marido me consiguió los materiales. Yo estaba en cama y hacerla me entretuvo, fue la primera. Ellos aparecieron unos meses después. Los últimos meses de embarazo los pasé en cama. Miraba televisión y cosía. Tenía tantas ganas de ver al bebé, de saber cómo era, pero mi marido prefería que fuera sorpresa y me llevó la tela y las lanas y unos ojos de plástico negros y otros verdes y azules como los suyos. A él le cambiaban de color con el sol. Dijo que hiciera una muñeca o un muñeco para él bebé y que lo hiciera según como creyera que iba a ser. Primero cosí el cuerpo, blanco, pelón, con puntadas casi invisibles, desnudo. Luego cerré los párpados y metí la mano entre la bolsa de lanas y la que saqué, resultó ser negra, como mi pelo. Los volví a cerrar y tomé los ojos, negros como los míos, como los sacos de pana. También a ciegas tomé las tijeras y corté la lana, justo por la mitad, y entonces supe que sería una niña, una niña de pelo oscuro, de ojos como abismos, como los míos. Supe que se llamaría Estela. Nació la bebé, nació como yo había nacido, como contaba mi padre, con el cuerpo y la cabeza cubiertos por una pelusa fina y oscura que tardó unos meses en caerse, y con una película gris en los ojos. La pelusa se cayó primero del cuerpo y lo dejó blanco, como el de la muñeca, como el de mi marido, como el mío. Ellos aparecieron cuando la niña tenía seis meses. Él la amaba, la amaba más que a nadie. La cargaba por toda la casa y me dejaba sola con Estela que siempre sonreía, que me miraba con sus ojos de muñeca. Volví pronto al trabajo. Era él quien la cuidaba y yo pude hacerme cargo de nuevo de las comisiones, pude salir de de viaje de negocios y estar sola y desinflada. Era un alivio que él trabajara desde casa. Ella era pelona y yo me fui, me llevé a Estela para tener algo de la bebé, para acordarme de ella en el viaje, dijo mi marido cuando la metía en la maleta. Desde ese momento no nos hemos separado. Ellos aparecieron poco después de que la pelusa se había caído completamente de la cabeza de la niña. Durante un tiempo se quedó pelona. Parecía Estela el día que terminé de coserle el cuerpo. Yo sabía que mi hija tendría el pelo negro, como la lana, como la pana, como el mío, como el de Estela. Me fui de viaje y la niña era pelona y cuando volví no pude reconocer a la rubia que mi marido paseaba por la casa. Esa no era mi hija, esa no era Estela, no era mía, no tenía mi pelo, pero él insistía en que sí, que era la misma y me decía que le viera los ojos, que eran los mismos, con la misma película gris. Yo la miraba y la comparaba con Estela, no era misma, no era mi niña y cada vez que la tomaba en brazos lloraba, sólo quería estar con él, que él la cargara. Me costó aceptar que era mía, que era la misma que había nacido como yo, con una pelusa en todo el cuerpo. La primera vez que los vi, cargaban una caja de madera. Desde ese momento no me han dejado en paz, aparecen siempre en alguna calle. No sé qué es lo que quieren. No quiero saberlo. Pero supongo sus intenciones. Por eso me escondo y cambio de hotel cada cierto tiempo. Esa niña no era mía. Yo estaba segura de que durante el tiempo que me fui, él la había cambiado. El pelo de mi hija tenía que ser oscuro. Juro que traté de creerle, de pensar que era la misma niña. Y él me decía que me fijara en el lunar del pie derecho, ahí en el tobillo, que ese siempre había estado ahí. Yo quería creerle y me prometí esperar a que la película gris desapareciera y los ojos de abismo de mi hija, de Estela, me fijaran. Sus ojos eran verdes, de un día para otro lo gris había desaparecido y cuando el sol le pegó en la cara, se volvieron azules, como los de él. Entonces estuve segura,

había tenido gemelas y la rubia no era Estela. A Estela me la habían quitado. Cuando le anuncié que estaba embarazada, él se alegró pero dijo que por el momento no podríamos tener más que un hijo, que las cosas estaban muy caras. Esa niña se parecía tanto a él y tan poco a mí. Estela tenía el pelo negro, los ojos negros, como yo. Ellos sacaban –en semana santa, metidos en sus trajes de pana– una caja de madera. La sacaron de mi casa. Yo le reclamé, le pedí que me diera a mi niña, a mi Estela oscura y él, con la rubia en los brazos, decía que no, que esa era mi hija, y sus ojos se ponían rojos y lloraba mientras mentía. El maldito, mentía. Ellos sacaron una caja larga. Yo lo seguí por la casa pidiéndole, rogándole que me entregara a mi hija, le decía que trabajaría el doble, que podíamos criarlas a las dos, le supliqué mil veces que me la entregara y él juraba que no, que no había otra, que esa era mi hija, mi Estela. Recorrimos la habitación de la niña miles de veces, la rubia lloraba y él no podía calmarla, no podía calmar a su hija. Dijo que se iba, que se la llevaba. Lo seguí, lo seguí por el pasillo, le dije que no podían irse sin darme a mi niña, sin decirme dónde estaba. Ellos los sacaron metidos en una caja, en una sola. Lo seguí por el pasillo hasta las gradas y cuando comenzó a bajar, con su hija entre los brazos, lo empujé. Si yo no tenía a Estela, él no tendría a la rubia. Ellos los sacaron metidos en una caja, en una sola, pálidos como mi Estela. Los dejé ahí, al pie de las gradas y me fui al hospital y dije que mi marido había muerto, que la niña también y que él me había dicho que ellos sabían dónde estaba mi hija. Localizaron a mis padres, llamaron a la policía y les conté que él se había resbalado, que llevaba a la niña al jardín y que se había caído. Les conté del sonido del cuello de mi marido al golpearse contra una grada y del tono opaco y suave de la cabeza de la niña al caer al suelo. Los de traje negro los sacaron en una caja larga. Fue la primera vez que los vi. Le pedí a los médicos, a las enfermeras que me dijeran donde estaba Estela. Todos decían que la rubia había nacido sola. Mentían. La segunda vez que los vi, metían la caja de madera en un mausoleo. Yo había tratado de sacarle la información a mi marido. Abrí la caja, lo tomé de la solapa, y el cuerpo de la niña se golpeaba contra el mío. La habían colocado entre sus brazos para enterrarlos juntos. Él no respondió jamás. Los que me buscan aparecen siempre por alguna calle, siempre de pana negra y corbata corta, siempre cargando cajas largas. Ellos se empeñan en recordarme que aún no la he encontrado. Mi padre quería internarme pero yo tenía que encontrarla, tengo que encontrarla. Los del saco de pana aparecen siempre con sus cajas largas, quieren llevarse a Estela o quizá quieren llevarme a mí. A veces cargan cajas largas, a veces pequeñas. Quieren encerrar a una de las dos en el mausoleo junto a mi marido y la niña. Por eso no la dejo en el hotel. Si nos separan, Estela nunca podrá reconocernos. Si meten a una de las dos en el mausoleo, esa sabrá la respuesta, pero no podrá contarle a la otra. Los muertos no hablan entre sí, sólo piensan y los otros cadáveres los comprenden. Los vivos no podemos oírlos, ni conocer sus pensamientos muertos. Sé que cuando vea a Estela por la calle, voy a reconocerla. La piel blanca, el pelo y los ojos negros, como los nuestros. Por eso a ella no puedo dársela. Pero si quiere le vendo a esta rubia.

